

LA OTRA
Ilíada

Ethel Krauze

POESÍA



LA OTRA ILÍADA

ETHEL KRAUZE

La otra Ilíada de Ethel Krauze

ISBN: 978-607-98076-9-6

Primera edición electrónica, agosto 2018

Copyright DR etalcontenidos SC

Francisco Márquez 125A, Colonia Condesa,

Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06140,

Ciudad de México

www.etalcontenidos.com

contacto@etalcontenidos.com

Diseño editorial: Elsa Mendoza para etalcontenidos sc

Diseño e ilustración de portada: Andreína Villaseñor

Cuidado editorial: et.al contenidos SC

El proceso editorial de este libro se concluyó en agosto de 2018

GRACIAS POR COMPRAR UNA COPIA AUTORIZADA DE ESTE LIBRO
Y POR RESPETAR LAS LEYES DE DERECHO DE AUTOR.
AL REALIZAR UNA DESCARGA LEGAL FACILITAS QUE et.al
CONTINUE CON SU LABOR EDITORIAL





Preludio

Canta ¡oh Diosa!, mi cólera encendida,
que ésta es la *otra* Ilíada:
la Ilíada de Briseida, la cautiva,
la rebelión de la salvaje,
la colmada de ayes y de heridas;
el corazón de la mujer perdida,
violada en las batallas,
funesta a las miradas,
ardiente y negro cisne entre la bruma;
ésta es la Ilíada de la loca
que teje lunas en la sombra;
la Ilíada nueva, aullido de la loba,
la que canta el revés de la mentira:
el pedernal de la vencida,
el trémulo secreto de la bruja
y el humo gutural de la guardiana.



CANTO PRIMERO:

El cautiverio de Briseida

I

El odio es puro: líquido, hermoso.
El plato, sucio.
El vaso hiede: pérfido, pringoso.
Apesta el fregadero
con sus ollas de costra dura y seca,
con su capa de grasa:
su vieja cucaracha retorciendo
piruetas en la jerga.

Tienes un odio a flor de alma,
—más que de piel, de entraña—,
si alma es lo que guardas en el polvo
del bulto de tu cuerpo,
eso que escapa poco a poco
entre la coladera,
junto al lodo del trapeador,
los pelos sueltos en la tina,
y una familia entera de hormiguitas
que hacían el mandado entre las sobras
del bolso del mercado.

Tu odio sube como lava
tu pecho es un volcán a punto,
—ay, siempre a punto, siempre,
no hay tiempo para la erupción,

¿quién limpiaría el tiradero?,
¿vale la pena el breve desahogo
para tamaño esfuerzo?—

Tu odio sideral
no cabe en el infierno,
la bóveda celeste
no tiene la medida
no puede contenerlo,
te sientes más allá
de todo entendimiento,
incluso más allá del sentimiento,
¿será esto el paraíso
del odio ardiente y puro?
¿Un lugar infinito
y eterno para el odio?

Es el Topus Uranus de Platón,
el Nirvana envidiable de los Budas
que meditan sin tregua Iluminados,
con su poder de ser y ya no ser
al mismo tiempo.

Tú,
con todos tus poderes
barriendo la cocina,
¿habrás llegado a la pureza,
pureza eterna e inmutable,
para sentirte viva,
candente, tú, tú misma
de carne y hueso,
de corazón hirviendo,
con alma, ahora sí,
con alma de guerrera,
con alma de odiadora?
¿Habrás llegado a no ser *eso* que odias
y ser al mismo tiempo el odio con que odias?
Iluminada seas,

llegó tu hora.

Nadie ha cantado una oda al odio puro de lavar los trastes,
al odio feliz de saberse odio,
de sentir ese odio,
de respirarse así,
como un ramaje de nervios que suben por los codos
y florecen temblorosos en la yema de los dedos al toque de la fibra
y del zacate,
¡oh, la espesura de la grasa,
los trozos de cebolla renegridos
la cáscaras de huevo
pegadas en el vaso!
¡oh, vestigios de leche fermentada,
el tufo de tocino
quemado y esparcido
en la tarja repleta de cucharas!

Nadie predijo que la Gloria es fácil

II

Nadie ha escrito los versos más tristes de este día
y del otro
y del otro también,
del que le sigue...
los días que se repiten sin sombra de poesía,
porque el espacio es un fondo de cesto de basura;
el aire,
telaraña de polvo en las cortinas;
el amor,
un amor en abstracto por la vida,
por los otros,
la familia,
la casa,
la casa en pulcritud,
la que no existe:
laidea de la casa;
porque la casa verdadera
es la que tienes que limpiar,
barrer,
y sacudir
y sacudir,
barrer,
limpiar.

No te detengas nunca,
nunca,
porque se acaba el sueño,

y si despiertas:
un muladar,
un horizonte de moronas
en el suelo te espera.

III

El baño inspira un capítulo aparte,
y qué decir del excusado:
tres poemas barrocos,
tres sonetos de cuidadoso metro
endecasílabo
con sus versos pareados,
sus sílabas silbantes,
y un melódico ritmo de compases.

El cuarto de los niños:
un cuento con lobos feroces y dragones de fauces rugiendo llamaradas,
ese cuarto que soñabas en tu dulce espera
pintado de rosa, de azul, de menta,
de algodón de azúcar,
con cajoneras de dibujos
de ositos y praderas
para los angelitos que Dios te permitiera
engendrar, parir, cuidar, alimentar, educar, y más aún, amar.

Si alguien conoce la inacabable espiral de la palabra *amor*,
ésa eres tú.

Los adoras,
darías la vida en un instante
por cada uno de sus mil cabellos,
entregarías el hígado,
el páncreas,

la cabeza,
te cortarías la teta izquierda
y también la derecha
por cada uno de sus dientes
de leche,
por sus sonrisas cascabeles
y sus guiños de púberes
y adolescentes.

Pero, ¿en qué momento el grande le enseñó al de en medio
la guerra de calcetas contra arañas?

Una araña patona los invita:
sus tentáculos cuelgan en el techo...
¿En qué momento, sabía tú,
se te ocurrió colgar en su recámara
el candil de la abuela?

Primero la escalera
en pos de las calcetas echas bola,
subir entre sudores, alcanzarlos,
desenredarlos con cuidado
de focos puntiagudos que figuran
una llama que arde en miniatura;
desenrollarlos,
despercudirlos en un mar de cloro,
tallarlos con la fuerza de tus manos
—dedos, palmas, antebrazos, brazos, hombros, tórax, cintura
y dos magníficas caderas—,
enjuagarlos, torcerlos
retorcerlos de un lado
retorcerlos del otro,
volver a retorcerlos de ambos lados,
colgarlos,
dejarlos secar,
descolgarlos,
doblarlos con intenso amor,

depositarlos con cuidado en la repisa del armario.

Suspirar,
porque viene la segunda versión.

¿En qué momento se te ocurrió vestir sus lindas camas
con rodapié,
sábana de cajón,
sábana plana,
almohada con funda protectora,
funda de almohada,
cobertor,
cubrecama
y un montón de cojines coloridos?

El rojo, de peluche, metió un gol en el librero;
allá quedó el tercero, con marcas de patadas,
junto al mapa de América;
el cobertor es un molusco agazapado entre las patas de la cama,
la funda de cajón fungió anoche
de tienda de campaña;
la funda de la almohada es la casita de las hadas
de la nena, tu hadita hermosa y buena.

Mañana, será sirena, entonces,
la funda servirá de cueva
la gruta submarina donde duerman
las conchas, los cangrejos
y los cepillos de dientes con los que los peina.

Las versiones son tantas,
como el sol saliendo cada día en la mañana.

El cuarto de los niños es teatro sin retorno,
si ha sido inaugurado
no hay días de descanso,
no hay renunciadas,
no hay cambios de libreto.

No tiene espectadores,

no cuenta con aplausos.

Eres el único personaje en escena,
te encuentras sola con tu prodigioso amor.

IV

Toda la casa es una Ilíada,
es tu Ilíada,
tu personal batalla contra el enemigo:
tu destino de polvo, mugre y chinches,
te avala el trapeador, la escoba, la cubeta,
te cubre el delantal, la jerga y el plumero,
te acompaña la sangre de tu madre
y de tu abuela,
te redimen los rezos de tus tías
tus primas
tus hermanas
tus vecinas;
te sublima el poema irreverente,
locuaz y bufonesco,
que utiliza los versos
para algo tan intrascendente como lo que tú haces,
tan poco atractivo para las artes literarias,
que nunca alcanzará el honor de Aquiles,
como tú no has alcanzado el honor de tu hombre.

V

Porque hay un Dios
¿o Diosa?
en el azul del cielo que te mira
con su ojo de fuego,
tú resistes,
y por eso
en nombre de tu apego,
te ha dotado, a cambio
de meses de tu sueldo,
de un ejército aliado
al centro de tu hogar:

Festín de máquinas inteligentes:
lavadora
microondas
horno eléctrico
lavavajillas
licuadora
aspiradora,
¿quieres más?

Orgía de cables,
biblioteca de manuales en todos los idiomas,
sinfín de aditamentos
que haz de poner,
quitar y empotrar,

colgar y hasta enrollar:
¡la Gloria ha tocado
la lágrima que asoma!,
y presta a enjugarla,
sonríes
como toda mujer agradecida.

¿Qué importa recoger, de cada cuarto,
la ropa percutida?

Colocarla en el cesto,
revisar los bolsillos.

sacar las moneditas,
buscar en las camisas
pañuelos arrugados,
boletos para el metro.

No importa hacer dos bultos:
la blanca y de color,
dos tandas, dos medidas,
dos ciclos de lavado
dos tiempos de encendido.

No importa que al final de cada ciclo
desandes el camino,
saques uno por uno los calzones,
los extiendas, los cuelgues,
banderas de tu amor,
en todo el tendedero.

No importa que si llueve
corras a destender
y a volver a tender
en los respaldos de las sillas
o el barandal de la escalera.

No importa que después
vuelvas a destender,
y a doblar
a colocar en las repisas
cada cosa en su lugar,
y separes la ropa de planchar.

No importa salpicar
¡de nuevo en agua!
ropa acabada de secar,
para restarle arrugas a la tela
y luzca tu planchado
de abuela sempiterna.

—La plancha, con su burro,
es digna de una oda propia—

Nada, jamás, importa,
tú tienes una máquina que te comprende,
una aliada
un regalo del cielo;
la humana inteligencia
te prodiga
la bendición de tus ancestras,
al lado de su envidia:
¡qué fácil es todo para ti en estos días!

Ya no lavas los platos
con tus manos de seda.

Tus magníficas manos
sólo enjuagan las ollas
en el chorro del agua,
arrancan los pegotes al sartén
donde freíste huevos,
remojan costras de la harina

que se incrustó en el molde antiadherente.

Sólo remueven
de cada tenedor
las tiras de espinaca,
los trozos de tomate
y las moronas de las tazas
donde sopearon las galletas,
las semillas de naranja de los vasos de jugo,
todas aquellas pequeñas sobras
que no deben entrar
en el sagrado espacio del novísimo aparato.
¡No oses estropearlo!

Sólo debes poner cada utensilio
en su sección
uno por uno,
así, cuidado,
que no se toquen
que no te obstruyan el drenado.

¡Tus manos mariposas
que tejen los milagros
en todas las rejillas
de máquinas gloriosas!

Tus manos, aves en arrullo,
sacando cada plato,
secando con un paño
exóticas concavidades
que no logra secar el termostato
(¡que nunca prometió!,
que conste, no es su culpa,
la advertencia fue plena y declarada
en la etiqueta)

Aladas manos danzan

entre los anaqueles,
coreografiando a los sartenes,
orquestando el tintín de los cubiertos
en su cíclico viaje a los cajones.

Ván las ollas a las repisas altas,
abajo los platitos para el té,
y tú, madona de la vida diaria,
te ganas un *encore*,
¡otra vez! ¡otra vez!

No te preocupes.

Faltan cuatro horas para la siguiente función.

Antes de despedirte
y agradecer al público fantasma,
te acercas a mirarla:
es ella,
la que tanto esperabas,
la más lujosa
de las lavavajillas del mercado,
¡la ciencia está al servicio de tus manos!

¡Quién puede contenerse!

Salid,
salid sin duelo lágrimas corriendo.

VI

El hijo del Cronión y de Latona
viene entrando, rugiendo por la puerta
a darte el beso de la noche,
el premio a tu obediencia:
un semidiós en forma de marido
al que aguardan tus ansias
desde hace seis semanas...

Ha peleado en los campos de batalla
enfrentando a temibles enemigos,
que ha perdido vigor en tanta hazaña
sorteando fieras en medio de la calle,
mientras tú, protegida en tu nicho,
tejes las horas muertas con su sangre.

No le exijas una cuota más de servicio.

Espera, como esperan las flores, derramando su néctar,
el sorbo de un pico enamorado
hasta que el viento despierte al colibrí
y lo lleve a tu puerta, con las alas enhiestas
y el corazón, de sed, enfebrecido.

Lee sonetos de Shakespeare,
toma té de ciruelas,
repasa las compras de mañana,
los pendientes de la escuela,
las cuarteaduras del plafón.

Es ley de toda hembra
velar el sueño del guerrero.

Te miras al espejo
rodeada del insomnio de tu cuerpo,
encerrada en el baño,
(los niños bendecidos en su cuarto)
los ronquidos a un lado de la cama,
danzan tus dedos en la malva flama
que te abrasa.

Sientes el palo imaginario (¡no de escoba, no!)
mejor la longaniza... ¿no puedes olvidar por un momento el
refrigerador?

¿las carnes frías para el *miércoles de plaza*?

¡Es de frutas y verduras, mentecata!

Concéntrate en tus tetas, en tus nalgas,
caderas de bengala, mamacita,
diosa griega y egipcia y mazelhuala,
y todas las que inventes en este mismo cielo,
el único que es tuyo por entero:
el hoyo de la taza del retrete
donde te has sentado a culebrearte el vientre.

¡Canta, oh diosa, la cólera de aquellas
que se quiebran de gozo en solitario!

¡Canta la dulzura de sus manos!

¡Canta el candor de sus ovarios:
blancos humores expulsando,
gemidos silenciosos,
a resguardo de oídos delicados!

Ring, ring, ring...

El despertador ha sonado:
la hora del desayuno ha llegado.

VII

El grande quiere *hot cakes* de plátano con nueces;
el de en medio, molletes de frijoles;
la pequeña, su cereal de colores con pasitas;
y todos, su chocolate caliente con espuma,
batido en molinillo de madera
como hacían las abuelas,
derritiendo a fuego lento las tablillas.

Ninguno quiere en microondas,
ni pensarlo.

Es lo mismo, chiquitos, les suplicas.
No sabe igual, no sabe igual. Ni modo.
No hay discurso de Hegel capaz de remediarlo.

¿No hay harina, mi Dios, para los *hot cakes*!
¿En cuál embrujo del súper te perdiste?
¿En los tintes de pelo?,
¿en las cremas de noche?
¿O sería en las nuevas toallitas protectoras?
¡Mamá!

Tres patadas a las patas de la mesa
y un jalón de pelos al hermano,
y un ladrido del perro
y una nena regando la lechita en su vestido.

El marido en su diaria catalepsia:
es un ciego y un sordo

que aparece de prisa ante la escena
—relámpago de hormonas danzarinas,
enfundado en aromas de lavanda—
presto a partir de nuevo a sus hazañas,
irá a desayunar camino a la oficina
para no presionarte, vida mía.

¡Adiós, Aldonza Dulcinea, los entuertos me esperan
al paso de la esquina:
yo desfago los versos,
tú limpias la cocina!

VIII

Odio la mugre,
la mugre pegosteadada,
el *delirium tremens* que me causa
el domingo en la mañana
su imperio universal,
su infinitud,
su mano telaraña envolviendo mi casa.

Odio mi casa,
mi casa hermosa,
sus sonrientes ventanas,
sueño de pájaros,
macetas de jazmines.

Odio lavar esas ventanas, tallar sus mosquiteros
con fibra y con espuma,
odio mirar la barda derruyéndose bajo el lodo de las lluvias,
el bermellón descolorido de sus muros ante el rigor del terregal.

Odio el suelo de la cocina
más que ninguno: ya lo dije, ¿verdad?,
pero mi odio no es cualquiera,
es el odio en su esencia estructural.

Es un odio que hiende las paredes, las juntas del mosaico,
intersticios del silencio donde duermen su limbo las cosas materiales.

El suelo de la cocina es la mugre en persona,

la mugre entera,
perfecta,
la diosa mugre
que gobierna la *música de esferas*:
si Pitágoras hubiera contemplado el muladar de mi cocina,
ese suelo de asquerosas partículas
fossilizadas,
le habría llamado *música de mierda*
a aquella ley suprema
que el universo teje en armonía.

Sí, el suelo de la cocina es abismo y es cúspide,
es mar de mugre donde mi corazón se agita,
es horizonte de llagas en mis ojos errabundos,
es el único tema del poema
que puedo escribir esta mañana:
el silbo de enero es tenue,
y calma.

IX

Soy una enferma, lo sé,
pero mi enfermedad no tiene nombre,
me enferma el mundo con su mugre
o la mugre del mundo
o el mugroso mundo donde habito
encerrada en un círculo de odio
y gritos silenciosos indignos de una oda,
sin héroes que ardan en combate,
sin Ilíadas, sin coros,
sin corceles alados, furibundos,
rasgando el aire con sus crines
para trazar un arco incandescente
en el perfil del tiempo que no muere.

No hay navíos surcando untuosos mares
ni colosos ni monstruos submarinos,
cíclopes, islas encantadas,
tesoros de aguas dulces
doncellas bajando del Olimpo
con luengas cabelleras de oro y plata.

No hay tragedias de Eurípides, ni Sófocles, ni Esquilo.
No hay Medeas ungidas de arrebatos,
ni Yocastas ni Antígonas
fluyendo en ríos de sangre.

No está Helena rompiendo con su hechizo
el rumbo de dos reinos,
el curso de un destino.

Sólo estoy yo, mirando con asco cada paso que doy,
sintiendo en cada doloroso parpadeo
la desmesura de mugre que abate mi cocina,
sobre todo su suelo:
un largo y lento viaje hacia la nada.

X

Hoy toca hablar del excusado:
esa boca de lobo
con sus tiras macizas de excremento,
renegridas, siniestras, pestilentes,
enseñando los dientes sin pudicia
y su lengua de agua amarillenta,
insaciable bocado
al paladar del ano.

Locura es lo que tengo.
¿0 es el dedo de caca puntiagudo
en las sordas paredes de la taza
aquello que perturba el pensamiento?
¿Acaso tengo yo la culpa
de abrigar semejantes desatinos?

Decidme, colibríes del campo,
luciérnagas doradas,
florecientes avisvas en picada,
vosotras, sabias,
obisvas impertérritas del Cosmos,
dadme el secreto de sus leyes,
la savia pura que me vuelva buena,
bendita,
serena,

amante de su casa,
bienhechora del baño y sus anexos:
tina, espejo, regadera,
tapetito de felpa,
vaso de pasta y sus cepillos...
avemarías y padrenuestros
que acompañan el rezo que hoy convoco
ante el cirio encendido
y el corazón henchido de esperanza.

¡Por los siglos, hermanas, que nos faltan!

XI

El patio, la azotea, los bichos del jardín;
regar, alimentar a los canarios,
deshierbar las macetas...

¡Todo sería feliz y hermoso si no fueras así!
Si tú no fueras tú,
si fueras como espera el mundo que tú seas.

Como tú mismas esperas ser,
luego de limpiar tu vomitada en estas páginas,
romperlas,
quemarlas,
arrojarlas al fango,
guardarlas en la última esquina del armario:
el sórdido agujero de tu mente.

Tu mente, tu mente es tu enemiga
la miga envenenada que un hado cachicuerno
te colocó en el té mientras soñabas.

No tienes tú la culpa:
es alguien más dentro ti
haciendo el juego sucio
tramando la siguiente palabra que te brota del vientre
eructando su pus en los renglones,
como si parieras un sapo retorcido
en medio de un eclipse cruel.

No llames al suplicio, mujer,
no es para ti la hoguera,
te redime el embrujo del que has sido presa:
el dardo endemoniado que late en tu cerebro,
el hipnótico eco de un rapto de sirenas
los embates de un ángel henchido de soberbia,
caído en el infierno,
purgando su condena.
¡Alégrate, mujer, ten fe!
¡Arráncate el cerebro,
destuércete la mente,
recupera tu natural destino,
el brío de tu eterno mujerío!

XII

Bien,
pondré las cosas al revés:

Quiero el botín, me pertenece,
me lo he ganado a fuerza de trapazos.

No una hembra que yazga a mi mandato
—¡que yo soy ésa!—

Quiero un botín en forma, que me cuadre,
que aplaque el hambre del ejército
que llevo dentro.

Quiero el botín de la cocina:
que sea para mí,
entero.

La rebanada del pastel,
la última,
aquella que anida una pelea
salivando los belfos sin pudicia,
gritándola entre ayes de tortura
metida la cabeza
en el fondo recóndito y estrecho
del refrigerador.

Que yo pueda decir: “Es mía,
ya la saqué, me la comí,
la saboreé como roedor,

me supo a un trozo de mi propia gloria”.

Que obedezcan, que sufran,
que escriban un soneto
contando cada verso,
cantando al universo
la saga de esta historia.

La cacerola de patatas,
el postre favorito de los niños,
la malteada de fresa,
el *quiche lorraine*, la tarta de manteca... todo,
lo quiero todo.

Engullir como loba,
engordar como globo,
ser un planeta de un tamaño loco
y rodar echa bola
en el océano del cosmos.

Mas no, no debo,
me volvería un gazapo
en esta épica de barro,
un fardo en el ojal de mi marido,
un pliegue mal planchado, un fruncido.

He de ser flaca como el nardo,
sin olor a pescado,
sin brazos como gelatinas,
sin lonjas al costado,
sin papada de pípila
ni patotas de gallo
entre los párpados.

Ser un disfraz,
la máscara de un perro almidonado

con su falda de acero,
sus tacones de aguja
y un pedernal clavado a media espalda.

¡Ser gorda, ser vaca!
Ser jamona, jamona
una puerca espantosa gimoteando,
rebotando
con la panza volcada al lavadero;
sin culpas
sin embozo,
sin velo.

Ser marrana bestial es mi deleite,
mientras lamo los restos de cajeta
pegoteados de moscas en la mesa.

¡Ay, mi botín, Briseida!
Que te venere Aquiles, que te atienda.
Yo me quedo metida en la alacena
entre frascos de mieles y jaleas,
y te reto a la más dura contienda
que mujeres de todas las edades
en todas las centurias
y en los próximos siglos de los siglos
hayan jamás imaginado:
¿Qué vale más?

Escucha bien, esclava de hombre,
Briseida, tan deseada,
¿ser botín en tu Ilíada,
o sentir en tus labios
la densa,
dulce,
suave capa
de mar de chocolate concentrado
en eso que los dioses de la industria

han dado en bautizar como *nutella*...

¡Oh, impertérrito sabor a azúcar
con su pérfido toque de avellanas
en una succulenta cucharada!

Pues sí,
soy ésa,
la gorda infecta, la cautiva,
la que grita su nombre y su vergüenza;
mas espero un regalo de los hombres
y un signo de piedad entre los dioses:
no moriré mientras me lean
en un viaje en avión,
en una playa,
en el confín secreto de una lágrima.

Por eso el canto convertido en página,
por eso mi respuesta en esta *Ilíada*
que sangra también,
que es mi batalla
que es mi historia, mi gesta
y mi desgracia,
para honra del mundo y sus estrellas.



CANTO SEGUNDO:

La rebelión de la salvaje

I

Y de repente, me perdí.
Perdí la brújula,
solté el timón,
me abandonó la diosa;
las huellas de la loba
cruzaron senderos errabundos:
desemboqué en el mismo lecho
oscuro y frío, tembloroso,
el mismo cuerpo,
la misma posición
de rata en su guarida;
oyendo mi respiración,
conteniendo el sollozo,
burlando pasadizos al abismo,
suplicando ayuda a los escuchas de la nada.

¿Dónde quedó mi grito,
sepultado en la memoria de la antigüedad?

¿Mi lengua voraz, de doble filo,
mi saliva sanadora,
mi corazón indómito de cazadora,
mi piel de corza,
mi vuelo de paloma en celo?

¿Quién soy

sin nadie más que yo?

Una mujer perdida
con los ojos abiertos
al horror de estar aquí,
arrojada al mundo, sin pan,
sin agua
sin cobija;
ahogándome en mí misma,
repitiendo el ritual
de la mujer perdida,
esperando,
esperando...

Esperando un cordel,
un clavo
una señal
un puño de maíz
un beso;
un globo
un pañuelo
un cáliz
un perdón;
otra mejilla
otro dolor en el costado
otro vestido nuevo
otro banquete de moronas
otra corona de cartón
otro camión de la basura
otro escalón al precipicio;
otro,
otro,
otro,
otro que la contenga,
alguien que le cuente los dedos,

que le compre un rebozo
que la peine,
que le escriba un poema,
¡que la encuentre!

II

Tendré que descubrir a la guardiana de los tesoros:
la guardiana del día
y de la noche,
la guardiana de los seres terrestres y celestes,
de la vida y la muerte.

Tendré que desandar mis pasos,
buscar sus huellas invisibles, con las manos uncidas a la tierra,
con los ojos nublados hacia el cosmos.

Tendré que humedecer mis párpados con todos los aceites
que broten de mi talismán,
un talismán que he olvidado en los trasiegos de mi armario,
un talismán en el que nunca creí.

¡Quién me oyera hablando de guardianas y tesoros!
¡Quién me viera invocando talismanes perdidos entre telarañas!

¿Soy yo, la misma mujer que se viste ante el espejo para ir al
trabajo?

¿Soy la que siempre está ocupada, la que nunca tiene tiempo para
nada?

¿Quién, entonces, me persigue en mi cuerpo?

¿Quién me dicta estas preguntas?

La guardiana de todos los secretos,

es ella quien me llama;
tendré que buscarla en las comarcas de mi alma,
en las hendeduras de mi pensamiento,
donde las olas sólo son espuma,
y las palabras, relámpagos de bruma.

Tendré que recordar cómo llegar a su montaña,
cómo cruzar los precipicios
volando con una sola ala
y cantando su nombre como si soñara.

Tendré que cancelar mis citas
hasta nuevo aviso.
Posponer las compras,
reprogramar itinerarios.

Tendré que desoír consejos
y atreverme a andar descalza sobre el pasto.

Siento que no podré caer hacia la nada
ni soltar el abanico
ni deshilar mi vestido
hasta quedar desnuda;
no, no podré desintegrarme,
renunciar a mi puesto,
a mi casa de campo,
a mi collar de perlas en el cuello.

¡Guardiana de los grandes secretos,
no me dejes así!

Dame tus tesoros ocultos,
compártelos conmigo,
no me pidas todos esos sacrificios.

¡No me obligues a retornar al origen de mí misma!
Tengo miedo a ser de veras la que puedo ser.

III

Una mujer tiene que practicar la llamada
o el conjuro:
su combativa sangre
guarda los atributos del torbellino
o la polvareda.

Tiene que aprender el camino de regreso
a la casa de la Madre Salvaje
cuando se apague el fuego.

Saldremos, hermanas,
cuando se apague el fuego,
saldremos cantando
hacia el caldero de la bruja sabia.

Que nos encienda el hueso de los ojos
con su antorcha de alas,
con sus garras
y su sombrero de media luna en la tiniebla.

Que nos encienda el musgo de las manos dormidas,
que nos enseñe cómo se parte el pedernal
y se lanza en el aire
tejiendo un relámpago imborrable.

IV

Quiero recuperar a la loba que habita en mí:
afilarme mis garras,
lamerme la pelambre,
desenrollar la cola
que ha permanecido guardada tanto tiempo.

Prometo cantarle a la luna cada noche,
desenterrar semillas
y lanzarlas al viento del desierto
para que germinen avenidas de setos
y dancen otra vez los duendes.

Prometo liberar orugas hibernadas
en vasos de cristal,
y arrojarlas al fuego de la aurora
para que su sangre reverdezca en mariposas
cuyas alas repiquen canciones de mujeres.

Voy a destrabarme el hocico,
ensalivar mi lengua,
chapotear en el lodo
humedeciendo el cuerpo
con el humus antiguo
de todos mis ancestros,
resucitar sus huesos a mordiscos

con sabor a pan,
a madre leche,
a caricias de tierra viva.

Prometo cantar sin fin,
cazar el corazón de las parvadas
y repartirlo en los apantles,
rociarlo en las montañas,
devolverlo en las miradas de las niñas
que trepan en los árboles.

Prometo ser fiel a mis instintos
de hembra sabia y vieja,
recoger la raíz del manantial,
atarla a mis ovarios,
que me guíen sus aguas agitadas,
su caudal espontáneo
fiero,
la plenitud de su descaro.

Hasta que cante la piedra,
hasta que cante,
aullaré en las comarcas
al pie de las ventanas.
Viajaré con el silbo
y ahogaré los sueños
en mi pozo negro.

Hasta que abran las piedras su garganta
y el mundo cante una canción salvaje.

Sobre el tejado dejaré mis huellas
hasta que cante la madera,
hasta que canten los troncos de la higuera,
trazaré con las patas

el hilo de mis venas
y danzarán por ellas
todos los ecos que mi nombre encierra.

La loba que en mí habita
es una enferma de voz,
una sed de lengua que palpita
repitiendo el poema de la vida,
uno solo,
un aullido que arde sin hoguera.

Me volcaré en la nuez de tus pupilas,
seré testigo y sombra,
te morderé los labios,
te arrojaré al abismo
en picada,
para que broten las alas que cargas en la espalda.

Prometo que no me alcanzarás,
pero me seguirás por siempre
husmeando mi guarida
en pos del surco de mi canto.

Nada me vencerá,
ni las injurias ni los rezos,
ni las lisonjas, ni los miedos
de quienes quieren enclaustrarme
en el silencio,
en el olvido,
en el callejón de los muertos.

Voy a inundar la tierra con mis huesos,
a juntar cada uno de mis dientes,
a esculpirme de nuevo,

a florecer,
a cantar estos versos.

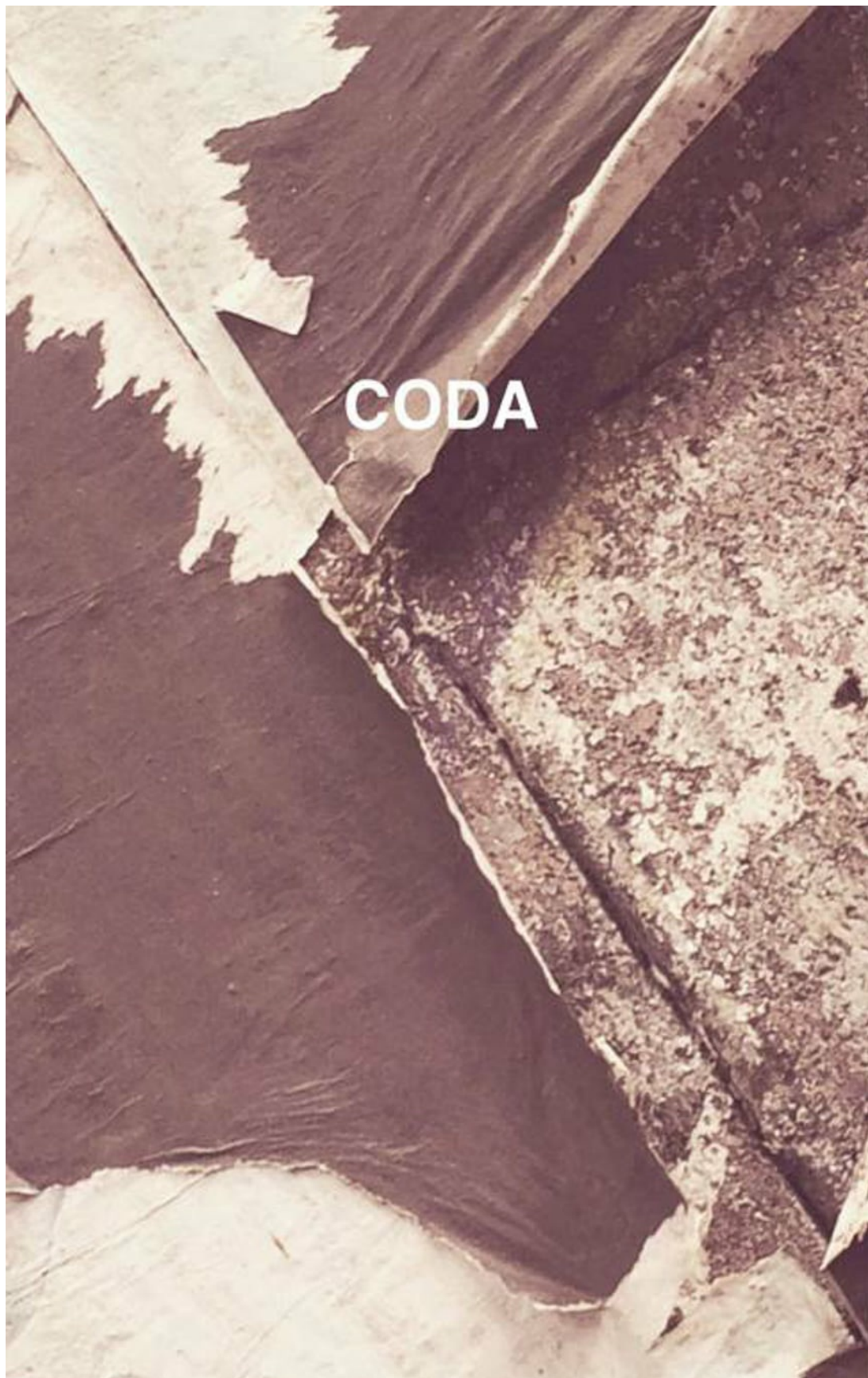
V

Hay una mujer dentro de mí
con fuego oscuro:
una mujer salvaje a la que temo e invoco
para que me alumbre
para que me cure esta mirada de ciervo
que no revela nada de lo que guardo en mi interior.

Ahí, en mi interior,
una mujer danza
alrededor de la hoguera.
Sus cabellos vuelan
y sus ojos son centellas de agua negra.

Hay una marea que habita en mí,
clamando un vertedero,
un río de lumbre,
un trueno
o una caricia
que rompa las cadenas;
un sollozar de hielos negros
que se funden al tacto de mi cuerpo.
Una estirpe dormida que despierta.
Soy la roedora de cadenas,
una mujer de piedra
un corazón humeante.

¡Ábreme el pecho caminante,
mira por dentro la maleza
de fuego, el magma, el brillo
que en mí anidan!
¡Y tenme miedo!



Hasta que el canto se convierta en flor
de lluvia, y limpie con su manto al mundo;
cantemos,
hermanas de una sola carne.

No habrá más oda que la alondra en vuelo
ni más celo será la propia sombra.

Seremos lumbre, hermanas,
caminaremos sobre el hielo,
cruzaremos tormentas
sembraremos racimos en el cielo.

Cantemos, hermanas, cantemos.

Hay una Iliada nuestra:
una Diosa que escucha y que contesta.



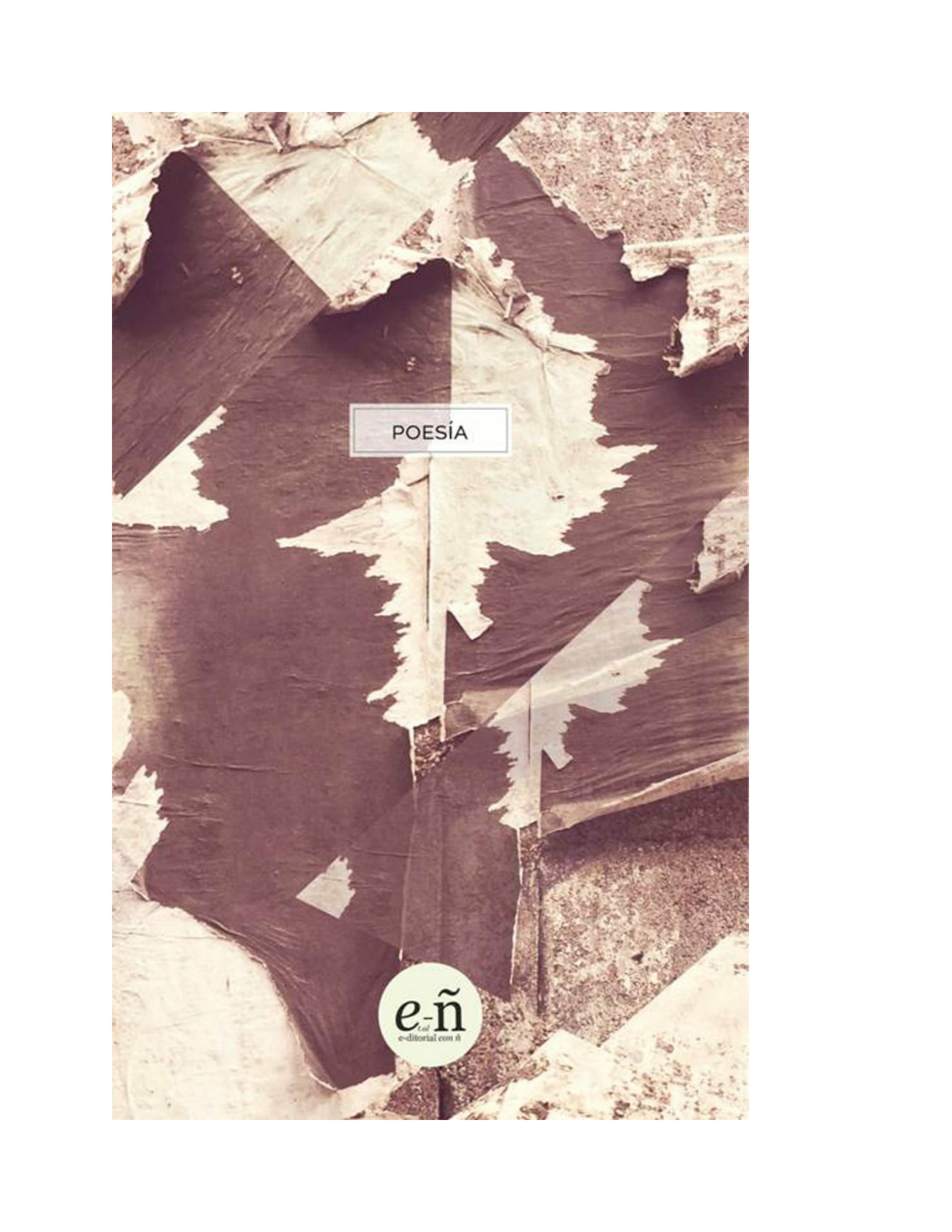


ETHEL KRAUZE (Ciudad de México, 1954), es Doctora en Literatura y autora de cuarenta obras publicadas a la fecha en varios géneros literarios, por las que han recibido un amplio reconocimiento, en antologías y traducciones a diversos idiomas: inglés, francés, italiano, ruso y esloveno.

Su obra *Cómo acercarse a la poesía* se ha convertido en un clásico contemporáneo, formando parte del acervo nacional en Biblioteca de Aula y Salas de Lectura de la Secretaría de Educación Pública de México.

Ha construido una plataforma teórica y didáctica de la creación literaria, que ha vertido en su obra ensayística: *Desnudando a la musa: ¿qué hay detrás del talento literario?*; además de su exitoso modelo con perspectiva de género, *Mujer: escribir cambia tu vida*, puesto en marcha en vinculación con el Conaculta y la Secretaría de Cultura de Morelos, donde actualmente reside.

Entre sus obras se encuentran sus libros de cuento *El secreto de la infidelidad* y *El instante supremo*; las novelas *El diluvio de un beso*, *Escenas de ira, tristeza y desesperación con momentos felices*, *Dulce cuchillo* y *Todos los hombres* y los poemarios *Bajo el agua*, *Inevitable* y *Convocaciones, desolaciones e innovaciones*.



POESÍA

e-ñ
Editorial con il